

SALAMANCA Y SU UNIVERSIDAD EN LOS RELATOS DE VIAJES INGLESES DEL SIGLO XVIII

JOSÉ ANTONIO HOYAS SOLÍS
Universidad de Extremadura

Resumen

En la segunda mitad del siglo XVIII, Richard Twiss, William Dalrymple y Joseph Townsend visitan Salamanca. Estos tres viajeros ingleses dejan constancia de su paso en unos relatos en los que describen el estado decadente de la ciudad y de su universidad. El valor de esos testimonios radica, por una parte, en que sus autores pertenecen a una cultura distinta a la nuestra; y, por otra, en que cada uno se fija en aspectos distintos de acuerdo con sus circunstancias personales o su formación intelectual y profesional. Pues bien, cada uno de esos testimonios aislados sólo aporta una imagen parcial de la ciudad y de su universidad. Sin embargo, cuando se superponen las imágenes de los relatos dejados por esos tres viajeros, se tiene una panorámica completa de la decadencia de Salamanca y su Universidad durante el siglo XVIII.

Palabras clave: Literatura de viajes, interculturalidad, relaciones culturales, Salamanca y Universidad de Salamanca.

Abstract

In the second half of the 18th century, Richard Twiss, William Dalrymple and Joseph Townsend visited Salamanca and left accounts of their visit which mirror the travellers' different social and intellectual backgrounds. In this sense, each traveller offers a personal and partial view of the city and its University. It is only when comparing the three accounts that a full picture of the decadence of Salamanca and the University really emerges.

Keywords: Travel literature, intercultural studies, cultural relations, Salamanca and the University of Salamanca.

Son múltiples y variados los relatos sobre las tierras y los pueblos de España escritos por los numerosos viajeros de otros países que nos han

visitado desde hace siglos¹. Entre ellos se encuentra un nutrido grupo de autores de habla inglesa que al recorrer nuestro país han desgranado un largo rosario de comentarios y observaciones que van desde la manera de ser y actuar de los españoles hasta la diversidad geográfica o el rico legado artístico que adorna España². Aparte de la utilidad que los testimonios de esos autores pudieran tener en sus propios países, su obra despierta en nosotros un interés muy especial por cuanto que esos viajeros miran a España y a los españoles desde una perspectiva necesariamente distinta a la nuestra, por provenir de un entorno cultural diferente. De ahí que la suma de esos relatos suponga un interesante contrapunto a la imagen que los españoles tenemos de nosotros mismos. En sus impresiones no sólo muestran las diferencias culturales entre el país visitado y el de procedencia, como es lógico, sino que también quedan retratados los propios autores. Es decir, en estos escritos, la comparación entre «lo propio» y «lo ajeno» se ve afectada en no pocas ocasiones por ciertas preferencias, cuando no prejuicios, del escritor visitante. También se aprecia en la valoración que hacen de nuestra realidad un contraste cada vez mayor entre un progreso constante de sus sociedades y el declive español. Su actitud ante esa divergencia puede dar lugar a respuestas heterogéneas pero, en todo caso y en todos ellos, ese sentimiento de pertenencia a una sociedad más desarrollada prevalece siempre. Quizás en algún caso, esos testimonios, considerados individualmente, no sean más que vistas parciales de un lugar concreto o instantáneas en que se registran hechos aislados. Sin embargo, al observarlos en su conjunto, nos desvelan esa visión, diacrónica y cabal, que estos turistas de excepción tienen de la sociedad española.

Los apuntes que toman Richard Twiss, William Dalrymple y Joseph Townsend de la ciudad y la Universidad de Salamanca, entre 1772 y 1787, son una muestra elocuente de esa aportación individual y parcial a ese cuadro total que contienen los libros de viajeros por tierras españolas.

Con el fin de la Guerra de los Siete Años, en 1763, se reanudan las visitas de viajeros procedentes de las Islas Británicas a Salamanca. En concreto, a partir de 1772, tres viajeros ingleses llegan a esa capital: Richard Twiss,

¹ Una idea del elevado número de viajeros de otros países que han visitado España la proporcionan, por ejemplo, las recopilaciones de Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, Roma, Real Academia Italiana, 1942, 1944 y 1979; y de José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1952-1962.

² Aunque el libro de Ian Robertson, *Los curiosos impertinentes: viajeros ingleses por España 1760-1855*, Madrid, Editora Nacional, 1976, está dedicado sólo a los visitantes ingleses, los datos que ofrece permiten hacerse una idea aproximada de la gran cantidad de viajeros de habla inglesa que han recorrido nuestro país.

William Dalrymple y Joseph Townsend. También Edward Clarke escribe sobre esa ciudad, pero su testimonio apenas si tiene interés por no ser de primera mano ya que al parecer nunca estuvo en ella. En efecto, durante los años 1760 y 1761, el reverendo Edward Clarke fue capellán del Marqués de Bristol, embajador británico en Madrid. Sus experiencias quedaron plasmadas en *Letters concerning the Spanish Nation: written at Madrid during the years 1760 and 1761*. Tal vez el rasgo más destacado de ese epistolario sea que la información ofrecida proviene casi siempre de fuentes españolas. Sobre Salamanca, por ejemplo, hace una breve referencia al puente romano sobre el Tormes; y, por lo que respecta a la Universidad, que pone como ejemplo de universidad española, se limita a hacer una relación detallada del número de profesores y sus sueldos anuales, así como de las distintas materias que se imparten, los ingresos de la universidad y la vestimenta de sus alumnos³. La estancia de Clarke en Madrid se interrumpe precisamente por la contienda antes mencionada, en la que se enfrentan Inglaterra y Francia, esta última apoyada por España. La obra de Clarke es una buena muestra del relato de viajes ilustrado porque su autor hace acopio de una ingente cantidad de datos que maneja de forma metódica y rigurosa.

Los relatos de Twiss, Dalrymple y Townsend⁴ participan de esas mismas características. Esto no impide, sin embargo, que vean esa realidad de manera distinta o hagan hincapié en aspectos diferentes de la misma. Ello obedece, sin duda, a que cada uno posee una especialización académica o profesional diferente o incluso al hecho de que no comparten idéntico ideario social o político⁵. Tampoco coinciden en el tiempo. Así, Twiss llega a Salamanca dos años antes que Dalrymple; y, lo que es más importante, éste último, trece años antes que Townsend. Comparten, eso sí, el sentimiento de pertenencia a un pueblo con rasgos muy definidos, que ha alcanzado un nivel muy elevado de desarrollo social, económico y cultural. Esa singularidad hace que, en la inevitable comparación de lo propio con lo ajeno, a veces brote una brizna de superioridad.

³ Véase Edward Clarke, *Letters concerning the Spanish Nation: written at Madrid during the years 1760 and 1761*, Londres, T. Becket y P.A. de Hondt, 1763, págs. 337-338.

⁴ Richard Twiss, *Travels through Portugal and Spain, in 1772 and 1773*, Londres, G. Robinson, 1775; William Dalrymple, *Travels through Spain and Portugal, in 1774, with a short account of the Spanish expedition against Algiers in 1775*, London, J. Almon, 1777; y Joseph Townsend, *A Journey Through Spain in the Years 1786 and 1787*, Bath, Gye and Son, 1814. Las citas de estas obras que aparecen en el texto pertenecen a estas ediciones e irán seguidas del número de página entre paréntesis.

⁵ Sobre este aspecto, véase Blanca Krauet Heredia, *Viajeros británicos en Andalucía de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, págs. 31-32.

El aspecto fundamental de sus escritos versa, sin duda alguna, sobre la sociedad salmantina, es decir, sobre el factor humano. Destacan también sus comentarios sobre el impresionante conjunto arquitectónico que adorna esta ciudad, incluidos, por supuesto, los edificios universitarios, y sobre su Universidad.

Richard Twiss, nacido en el seno de una rica familia de comerciantes y miembro de la *Royal Society*⁶, llega a Salamanca el 25 de febrero de 1772 procedente de Lisboa. Antes de abandonar la ciudad camino de Zamora, escribe unas palabras en las que no sólo se resumen y deja constancia de sus intereses y limitaciones sino, sobre todo, se percibe el tono de su diario:

Salamanca has ten gates, and contains twenty-five churches, twenty-five convents of friars, and the same number of nunneries. I compute this city to be about ninety-four miles from Almeida. I was at this time not sufficiently versed in the Spanish language to form any acquaintance with the natives; so that having gratified my curiosity in this city, I left it on the third of March (63).

Como se ve, la curiosidad intelectual es el motor de su viaje y las dificultades lingüísticas le obligan a depender, en buena medida, de los superiores del Colegio de los Irlandeses, que «were so obliging as to accompany me to see everything remarkable in Salamanca» (58). El tono referido, según se puede también observar, es consecuencia de ese gusto, tan extendido en la época, por la relación detallada y la exactitud. No debe extrañar, por lo tanto, que al caminar por el puente que cruza el Tormes, cuente el número de arcos que lo soportan y aporte información sobre sus constructores o se sorprenda de que, a pesar de su antigüedad, haya permanecido intacto. Tampoco sorprende que a menudo su referencia a los principales monumentos de la ciudad y a los muchos tesoros que encierran se confunda con un mero inventario minuciosamente registrado. Esto no significa, por supuesto, que no haga ningún juicio valorativo. Así, nos dice que la Plaza Mayor es la parte más bella de la ciudad, si bien critica la excesiva ornamentación de la talla de sus piedras y no duda a la hora de ensalzar la belleza del Colegio de San Bartolomé o tachar de ordinario el edificio del teatro.

Ese registro cuasi notarial se mantiene tanto en sus breves apuntes sobre las clases más humildes de la ciudad, y su manera de vestir, como en alguna que otra referencia a personas de cierta alcurnia. Pero también se puede ver interrumpido por alguna valoración personal capaz de romper ese tono frío y distante. Por ejemplo, cuando, después de visitar el convento de «las

⁶ Jesús Majada Neila y Juan Martín Martín, *Viajeros extranjeros en Salamanca (1300-1936)*, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, 1988, pág. 30.

Cavalleras de Santiago», afirma que estas nobles damas eran «old and ugly, so that I made my visit as short as possible, especially as there is nothing worthy of attention in the church or in the convent» (62). También se quiebra, a mi entender, esa objetividad que se esfuerza en mantener a lo largo del relato con la valoración general que le merece la ciudad. Dice, en concreto, que el aspecto general es de tristeza. En efecto, esto no parece compadecerse bien ni con esa abundancia de edificios nobles, y por lo tanto de manifiesto valor estético, ni con el hecho de haber recalado en una de las pocas posadas de calidad que según él y otros viajeros hay en España:

[I] put up at the Sun inn, in the great square. This is the best inn I ever entered that was kept by a Spaniard, for all the great inns in Madrid, Cadiz, Seville, & c. are kept by Italians or Frenchmen (58).

Dos años más tarde llega a Salamanca, después de pasar por Extremadura⁷, William Dalrymple. Sobre el objeto del viaje que emprende este oficial destinado en Gibraltar por varias provincias españolas, se ha llegado a afirmar que no era otro sino recabar información sobre la Academia Militar de Ávila y el nuevo arsenal de el Ferrol⁸. De todas formas, sea cual fuere el objetivo de su misión, lo que escribe durante su estancia en la capital salmantina participa de ese espíritu de la época que alimentaba los relatos de los demás viajeros y, por supuesto, el de su predecesor Richard Twiss. Y ello a pesar de que los aspectos o temas que más le interesan difieran sustancialmente de los del anterior. A Dalrymple, por ejemplo, le llama muy poco la atención el paisaje urbano de Salamanca, tan marcado por su conjunto monumental, y apenas si nos aporta unos cuantos datos escuetos al respecto. Se limita a reseñar los edificios más conocidos, como la Catedral, el Colegio de los Irlandeses, el antiguo Colegio de los Jesuitas y la Plaza Mayor, o a recordarnos el trazado irregular de las estrechas calles salmantinas. Pero escasean los comentarios y las valoraciones sobre ese aspecto tan singular de la ciudad del Tormes. Así, en torno a la grandeza y el indudable valor artístico de la Plaza Mayor, no se le ocurre más que decir que es «a handsome square», e incluso el alcance de esa afirmación se ve reducido por la apostilla, para él peyorativa a todas luces, que inserta a continuación:

The Plaza Mayor is a handsome square, though built much in the Moorish taste (75).

⁷ Sobre las impresiones de este viajero a su paso por Extremadura, véase Ramón López Ortega, *Estampas extremeñas en la literatura inglesa de viajes de los siglos XVIII y XIX*, Cáceres, Ediciones de la Universidad de Cáceres, 1989, págs. 13-16.

⁸ Sobre este aspecto concreto, véase *Viajeros británicos en Andalucía de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, *op. cit.*, pág. 29.

Y sobre el antiguo Colegio de los Jesuitas apenas si hace una referencia a su enorme tamaño, aunque nunca estemos seguros de si en realidad no lo hace únicamente por razones estratégicas:

The college, that did belong to the Jesuits, is a most extensive building; it is so large that 6000 French were lodged in it on their march to Portugal in the last war (75)⁹.

En su valoración final de Salamanca coincide también con Twiss al recalcar su aspecto lúgubre; pero en su caso esta valoración resulta bastante más consecuente con el resto de sus comentarios, o al menos no entra en contradicción con ellos.

Esa falta de interés por la arquitectura salmantina contrasta con el gran esfuerzo que hace al retratar los diferentes grupos humanos de la ciudad o las localidades próximas. Se trata de una serie de anotaciones adornadas con todo lujo de detalles y salpicadas de comentarios críticos, favorables o desfavorables, sobre la persona o el grupo que describe. Así, de las palabras de agradecimiento que tiene para con la gente sencilla se desprende la opinión que le merecen las clases más populares, ya se trate de la dueña de esa posada en que pernocta Dalrymple antes de llegar a Salamanca o de los lugareños con los que se cruza en el tramo que une Aldealengua con la capital. También deducimos lo que piensa de las autoridades civiles o religiosas de Salamanca por el comentario que hace de los estudiantes irlandeses hospedados a la sazón en el antiguo Colegio de los Jesuitas. Nos dice concretamente, y seguramente la afirmación es extrapolable a todos los estudiantes de extracción menos privilegiada, que vivían sumidos en una pobreza humillante y olvidados de todos. Pero el encomio o la conmiseración que muestra hacia los más débiles se puede tornar en ácida crítica cuando el cuadro que se le ofrece a la vista es el del privilegio o la nobleza. En concreto, al hablarnos del régimen de visitas del mismo convento que visitara y mencionara Twiss, percibimos un tono bien distinto del de los comentarios de éste:

I was introduced into the convent of Espiritu Santo: the nuns are women of family, and none but those who can prove their nobility are admitted; they are subject to no other visitation, than what is appointed by the king; and, on that occasion, he should appoint a knight of the order of St. Jago; they receive company in their apartments, and are allowed to keep as many servants as they please (75-76).

Ese tono es más duro aún al referirse a los veintiséis canónigos de la Catedral, a los que tacha de indolentes y acusa de vivir en la opulencia. Este

⁹ Dalrymple se refiere, por supuesto, a la Guerra de los Siete Años.

bosquejo social que Dalrymple va pintando de aquellos lugares por los que pasa se completa con una serie de observaciones y sustanciosas anécdotas como la siguiente que nos cuenta de Salamanca. En concreto, nos dice que al coincidir en su paseo por la Plaza Mayor con un viejo catedrático, éste se resiste a cederle el paso negándole esa preferencia que se suele conceder a los extranjeros. Esta anécdota le sirve a Dalrymple para hacer gala de su conocimiento de los españoles y sus costumbres y para hacer unas cuantas generalizaciones:

I found that disputes had been so frequent here, between the students and the military, on the like occasion, that the king was obliged to issue an edict, wherein he approves of the politeness of those who give the wall [...] Such little punctilios are held very sacred amongst the people of this country (76).

Joseph Townsend, el último de estos viajeros en pasar por Salamanca¹⁰, se diferencia de los anteriores en que poseía un gran bagaje intelectual que le proporciona su buena formación académica. A una sólida preparación científica que había adquirido al estudiar Medicina en la prestigiosa Universidad de Edimburgo, unía la excelente formación religiosa de su licenciatura en Teología por la Universidad de Cambridge. Todo esto convierte a este clérigo en el prototipo de viajero ilustrado por excelencia, capaz de combinar una viva curiosidad científica con una actitud tolerante y respetuosa hacia los demás.

Townsend visita los mismos lugares que sus predecesores y nos habla también del magnífico conjunto monumental de Salamanca. No obstante, su descripción es más profunda y mucho más rica en detalle; y, desde luego, la valoración estética que le merece es difícilmente mejorable. Por otro lado, y por razones obvias, se fija mucho más en el aspecto estrictamente religioso, sobre todo, en lo que concierne a la organización de las parroquias y la formación de los futuros presbíteros.

Sobre los principales monumentos, le parecen tantos que se ve obligado a hacer, por decirlo en sus propias palabras, «una breve mención» de los principales. Pero esa mención dista mucho de la brevedad, máxime si la comparamos con la nota escueta con que Twiss y Dalrymple, sobre todo este último, los despachan en sus relatos. Así, Townsend, al hablar de la Catedral, el Convento de San Esteban, la Plaza Mayor o el Colegio de los Irlandeses, incluye no sólo información sobre la historia o la estructura arquitectónica, sino datos muy precisos acerca de la ornamentación de las fachadas y el interior de los edificios. En particular, sobresalen sus comentarios sobre las

¹⁰ En concreto, llega a Salamanca en los últimos días del mes de octubre de 1787.

esculturas, los relieves esculpidos en las paredes y la rica orfebrería que suele adornar la Custodia.

Townsend también hace gala de amplios conocimientos científicos al detenerse en las características de la piedra empleada en la construcción de los muros de la Iglesia de San Esteban, regentada por los Dominicos. En concreto, nos explica que esa piedra, que en la cantera tiene una textura blanda pero que se endurece al entrar en contacto con el agua, permite la conservación de los frescos, los bajorrelieves o los grupos escultóricos exteriores. Sabe igualmente valorar la simetría y amplitud de la Plaza Mayor, que contrasta con la angostura de las calles que la rodean, un detalle este en el que coincide con Twiss y Dalrymple. De hecho, cree que ni siquiera desmerecería en Londres o París. Su preparación científica y rigor en el análisis se revelan también en la referencia a la situación de penuria en que se encuentra el país y en su descripción del estado de la agricultura. En esto coincide con el diagnóstico que hacen los ministros ilustrados de Carlos III en el sentido de que sólo la mejora del sistema de producción agrícola puede generar ese aumento de la producción capaz de alejar el fantasma del hambre que ronda España. En cuanto al problema de la mendicidad que Townsend ve por doquier en las calles de Salamanca, también su enfoque, aunque no exento de cierta dosis de viejos prejuicios, responde a la sociología de la época. Así, hace una distinción entre aquellos que han sido conducidos a la pobreza por cómoda holgazanería, no sin la complicidad culpable de las instituciones católicas, y los pobres de verdad, que merecen nuestra compasión y la ayuda del Estado. La solución del ilustrado visitante es la de dotar de más presupuesto a las instituciones que se dedican a estos últimos y, en cuanto a los primeros, sencillamente obligarles a trabajar. Por lo que respecta a la agricultura, no puede por menos de comparar la forma tradicional de arar la tierra en España con el sistema de roturación utilizado en los campos de Hampshire. También hace una referencia muy pertinente a la composición mineralógica del suelo agrícola próximo a Salamanca y a la importancia que tiene para una óptima explotación de dicho suelo y la mejora de las cosechas el deseado equilibrio entre el pastoreo del ganado y la labranza de la tierra. En esto último, el modelo que propone es el que aplican sus parroquianos de Wiltshire.

En cuanto a ese interés de índole pastoral antes mencionado, su convivencia con la comunidad colegial irlandesa de Salamanca le resulta especialmente provechosa. Pasa varios días en compañía de los seminaristas irlandeses y sus formadores, que compartían con los alumnos del Seminario Diocesano salmantino el antiguo Colegio de los Jesuitas, vacío desde que una real pragmática de 1767 decretase la expulsión de la Compañía. Esto le permite registrar en su diario datos como el número de alumnos del colegio o la

duración de sus estudios y observaciones tan variadas y pertinentes como el sistema de selección, las materias que cursan y el tipo de docencia que allí se imparte. Por cierto, las reflexiones que hace sobre este último aspecto nos muestran hasta qué punto estamos ante una personalidad capaz de apreciar en su justa medida los datos objetivos por encima de cualquier preferencia de corte nacionalista o ideológico. Así, no sólo emite un juicio muy positivo del método docente de los seminaristas irlandeses de Salamanca, sino que llega incluso a proponerlo como modelo de formación universitaria en su propio país. Para decirlo con sus propias palabras «the mode of giving lectures is perhaps peculiar to themselves, but worthy to be followed in our universities» (334). Valora sobre todo el debate sistemático que se obliga a los alumnos a mantener bajo la dirección de sus tutores, después de haberse documentado bibliográficamente, así como el seguimiento individualizado de su progreso académico. Ese talante de independencia y crítica racional de Townsend se pone aún más de manifiesto al tocar un tema tan delicado, y no sólo por motivos religiosos sino además por razones patrióticas, como la persecución de los católicos irlandeses. En concreto, a Townsend no se le escapa que los colegas irlandeses son exiliados que huyen de la persecución religiosa que el gobierno practica en Irlanda contra los católicos¹¹. Y no tiene reparos en afirmar que se trata de una política tan injusta como contraproducente. Se lamenta de que los irlandeses que aspiran al sacerdocio tengan que prepararse en un país lejano y bajo la protección de un gobierno extranjero. Le duele que esa situación sea el resultado de la ignorancia de unos y del prejuicio y el fanatismo religioso de otros, convencido de que sólo sobre la libertad y el cultivo de la mente se puede construir una sociedad más justa. Sus palabras son más elocuentes que cualquier comentario o paráfrasis sobre su ideario:

It is certain that ignorance and bigotry have a strong connection. Would you overcome inveterate prejudices, and are you anxious to banish superstition? Let in the light. Would you conciliate the affections of those who differ from you in their religious creed? No longer persecute. Embrace them, and from enemies they will become your friends; let in the light, and difference of opinion dies away (335).

Finalmente, aboga por que se permita a los católicos irlandeses prepararse para el ministerio sacerdotal en su propio país. Esta reflexión sobre la libertad religiosa pone de manifiesto que Townsend es un hombre adelantado a su tiempo y, sobre todo, que con su pensamiento se anticipa a la futura Acta de Emancipación de los Católicos de 1829.

¹¹ Sobre este tema, véase R.B. McDowell, «The Age of the Penal Laws», en T.W. Moody y F.X. Martin (eds.), *The Course of Irish History*, Dublin, Mercier Press, 1994, pág. 218.

La Universidad de Salamanca, auténtico *alma mater* de la ciudad, no podía escapar a la observación y el juicio de nuestros ilustres ilustrados. Sus comentarios no se detienen, por supuesto, en su aspecto externo, que dicho sea de paso no parece impresionarles demasiado. Hablan de su administración, de la calidad del profesorado, de los estudios que allí se cursan e incluso de los métodos docentes. Estos últimos por cierto, y en esto son muy explícitos Dalrymple y el propio Townsend, no están a la altura de los tiempos y sus necesidades. En ese sentido, queda muy claro que la admiración que despertaba en Townsend el enfoque didáctico utilizado en el Colegio de los Irlandeses respondía no sólo a un caso muy concreto, sino auténticamente excepcional dentro de la comunidad académica salmantina. En efecto, tanto de sus comentarios como de los de su predecesor, la imagen que se desprende es la del declive imparable de una institución que en su día fuera orgullo de su país.

Así, Dalrymple deja constancia del cuadro general de decadencia que ofrece la universidad en las últimas décadas del siglo XVIII, y no sólo cuando se refiere al aspecto ruinoso de muchos de sus colegios, sino principalmente al escaso número de profesores y alumnos y a la baja calidad de la docencia que estos reciben. En cuanto al deterioro de la enseñanza, la achaca a ese estado de postración en que se encuentran los estudios de carácter científico en la universidad española en general, y en la de Salamanca, en particular. Y, en concreto, se muestra especialmente crítico con la escasa atención que reciben los estudios de medicina a pesar de que la población está indefensa ante el azote de la viruela y los médicos son incapaces de poner coto a esa enfermedad. Además, tal vez pensando en la independencia de la que gozaban las dos universidades más prestigiosas de su país¹², se muestra contrario a la intromisión del poder político en temas universitarios. En efecto, cuando Dalrymple llega a Salamanca, hace ya varios años que Pedro de Olavide ha puesto en marcha la reforma de los estudios universitarios, que, como se sabe, encontró una fuerte resistencia por parte de los Colegios Mayores. En esa disputa entre estos últimos y el ministro de Carlos III, Dalrymple toma decididamente partido por los Colegios, a los que presenta como bastiones ante el intervencionismo del poder político. Esa actitud le lleva a lanzar una dura crítica contra Olavide, al que acusa de aplastar la libertad de pensamiento.

A pesar de la mayor profundidad que tienen las observaciones de Townsend, y de un tono moderado que contrasta con la vehemencia de Dalrymple,

¹² En el siglo XVIII, las Universidades de Oxford y Cambridge disfrutaban de un grado de autonomía como no habían conocido antes. En efecto, el último intento serio de controlar a esas dos instituciones lo llevó a cabo el rey Jaime II. Véase Trevelyan, *English Social History*, Londres, The Reprint Society, 1948, págs. 369-370.

su descripción del estado de la Universidad de Salamanca trece años después no difiere sustancialmente de la que hiciera su predecesor. Para él, el estado decadente de la universidad está en las antípodas del florecimiento y la pujanza que alcanzaran los estudios humanísticos y científicos en Salamanca en los siglos xv y xvi. Townsend señala que esa situación no es ajena al peso excesivo que el escolasticismo tiene aún en sus currícula¹³. Por eso, se lamenta de que la reforma de la universidad española antes mencionada no esté dando los frutos apetecidos. A su modo de ver, el fracaso de los intentos reformistas se debe a que ese cambio tan necesitado no se ha planteado de forma correcta. Conviene añadir, sin embargo, que a pesar de ese oscuro panorama que capta y analiza con todo rigor, Townsend sabe también atisbar algún que otro rayo de luz en el ambiente intelectual salmantino. Así, al hablar del agustino José Díaz y alabar su formación académica y su liberalidad, no duda en afirmar que una figura de este calibre «would be an ornament to any country» (336).

Twiss, a diferencia de los anteriores, apenas si muestra interés por la Universidad de Salamanca. Esto se traduce en una descripción casi telegráfica de una institución que, según dice también, está en franco declive, y se reduce a un escueto inventario del número de colegios, profesores y alumnos. En realidad, parece como si se hubiera limitado a recoger los datos que quizás le proporcionaran los rectores del Colegio de los Irlandeses, que, como se recordará, fueron sus anfitriones durante su estancia en Salamanca. Merece la pena destacar, no obstante, como anécdota curiosa, el comentario que hace tras visitar la biblioteca:

I afterwards saw the library of the university in which books are *not* chained, as is reported by writers who have copied from one another (62).

Con estas palabras, además de salir al paso de un viejo bulo muy extendido en la época, quita valor a esa metáfora visual que exportaba la imagen exagerada de una Universidad a merced de un poder absoluto y corrupto, y foco de oscurantismo.

Una simple ojeada a los escritos de estos tres viajeros, Richard Twiss, William Dalrymple y Joseph Townsend, basta para percibir el talante ilustrado de sus comentarios y observaciones. El vivo contraste que se produce al comparar la ecuanimidad e incluso la lógica de sus afirmaciones con las de algunos viajeros de épocas anteriores, teñidas de patriotismo exacerbado o intolerancia protestante, no hace sino que resalte esa apelación a la razón que preside sus escritos. Esto no quiere decir que en sus páginas no

¹³ En concreto, sobre los libros de la biblioteca de la universidad afirma que «the bulk is trash, consisting principally of scholastic divinity» (337).

nos topemos a veces con alguno de esos tópicos que vienen de atrás, en la tradición literaria viajera, y que incluso se repetirán con cierta insistencia en algunos relatos ingleses del XIX. Basten como ejemplos los calificativos estereotipados con que Dayrimple se refiere al clero español o el toque de maurofobia que captamos en su descalificación parcial del estilo de la plaza Mayor de Salamanca por su ornamentación árabe. Sin embargo, ni estas ni otras salidas de tono logran desviar su mirada objetiva o poner en peligro esa ecuanimidad ilustrada tan propia del espíritu de la Enciclopedia. En efecto, por encima de las diferencias en cuanto a su formación o profesión —diferencias que se manifiestan no sólo en la preferencia a la hora de elegir sus temas sino incluso en la valoración que les merecen— prevalece siempre ese inconfundible espíritu ilustrado al que se acaba de hacer referencia. Incluso esa alusión peyorativa de Dalrymple a la supuesta influencia de la cultura musulmana en una pieza arquitectónica que le produce gran admiración, por ser coherente con el antibarroquismo militante del XVIII, se diferencia esencialmente de los exabruptos que otros escritores compatriotas vierten sobre la cultura hispano-árabe. También se diferencian de los viajeros precedentes y de los que seguirán su senda posteriormente en el estilo narrativo que imprimen a sus relatos. Pues el suyo es, por lo general, escueto y casi siempre aséptico, como corresponde a quien intenta registrar la realidad con ese acercamiento científico que recomendaran las autoridades de la *Royal Society*. En sus textos prevalecen los hechos y las cifras, lo que les convierte en notarios fieles de la realidad que pasa ante sus ojos. Esto no quiere decir que el autor desaparezca por completo detrás de esos datos como si se tratase de un discurso naturalista. El autor está presente, como está presente su sentimiento de pertenencia a un pueblo que se sabe superior en su desarrollo social y económico. Pero el fin didáctico de las comparaciones que continuamente establecen aborta cualquier peligro de esa arrogancia chovinista que en viajeros como Richard Ford raya en la xenofobia. Los cotejos que se establecen afectan siempre a esas parcelas en que los pueblos y las ciudades de España no están aún a la altura del desarrollo científico y técnico como, por ejemplo, la higiene, la agricultura o la medicina y, por supuesto, en el caso de Salamanca, también su Universidad. La comparación no busca la descalificación sino el remedio. No se resignan ante la mendicidad ni ante la mortandad que produce la viruela. Y tampoco se conforman con las necesidades que una agricultura subdesarrollada parece incapaz de satisfacer. En resumen, ese espíritu universalizante que propicia el Siglo de las Luces les hace superar, en mayor o menor medida, muchos de los recelos que la confrontación histórica o la Reforma habían generado; y ello a pesar de que Dalrymple es al fin y al cabo un militar y Townsend un pastor anglicano. En el caso de este último esa liberación del prejuicio nacionalista e incluso religioso resulta encomiable. Así, no le duelen prendas en denunciar la per-

secución de su gobierno a los católicos irlandeses al contemplar el Colegio de los Irlandeses y proponer como modelo de bien hacer universitario la enseñanza individualizada y participativa que allí descubre. Como tampoco tiene empacho en decir, al hablar de José Díaz, fraile agustino a quien conoce en Salamanca, que por su clarividencia y liberalidad sería un lujo para cualquier país. Dicho esto, la imagen final que transmiten estos viajeros es la de la decadencia de la sociedad y la ciudad de Salamanca, así como la del progresivo deterioro de esa institución que la ha dado a conocer a lo largo de varios siglos, a saber, su Universidad.